

JATYN

Alés Adamóvich

JATYN

Traducción de Marta Sánchez-Nieves



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Khatyn Story* (Jatínskaya apóvests)

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Ilustración de cubierta: istockphoto

Primera edición: febrero de 2025

© de la traducción: Marta Sánchez-Nieves, 2025

Ales Adamovich Russian text copyright

© by Nalaitla Shuvajana - Adamovich, 1972, 2025

Spanish Publishing rights are acquired via FTM Agengy, Ltd. Russia, 2023

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1180-8

Impreso en Huertas industrias gráfica

Dep.Leg.: B 428-2025

Impreso en España

«En Bielorrusia se destruyeron más de 9200 aldeas; de éstas, en más de 600 se mató o quemó a casi todos sus habitantes; se salvaron apenas unas pocas personas».

Extraído de documentos sobre la Segunda Guerra Mundial

«Salté del vehículo y empecé a abrirme paso entre los micrófonos.

—¡Teniente Calley! ¿Es verdad que ha matado a todas esas mujeres y niños?

—¡Teniente Calley! ¿Cómo se siente una persona que mata a mujeres y niños?

—¡Teniente Calley! ¿Se lamenta de no haber podido matar una mayor cantidad de mujeres y niños?

—¡Teniente Calley! Si pudiera regresar hoy y matar de nuevo a mujeres y niños...».

De *Confesiones del teniente William Calley*

«Ni siquiera nos entra en la cabeza que en este planeta pueda haber una guerra que cause dolor a millones de personas».

Alocución desde el espacio de Gueorgui Dobrovolski, Vladislav Vólkov y Víktor Patsáiev a los habitantes de la Tierra, 22 de junio de 1971

—¡Ya está toda la sección! —dice en voz alta un hombre con gafas oscuras y un bastón blanco metálico en la mano.

Un niño con un pequeño impermeable azul, que se ha encaramado al ruidoso autobús justo por delante de él, busca un sitio libre con la mirada.

El hombre de las gafas se demora en la puerta, escucha el silencio que nace ante la voz de él; arcos profundos, raspaduras junto a la boca, el rostro más estrecho por abajo, feamente afilado y, sin embargo, con la frente muy ancha y abultada, como la de un niño pequeño. La boca se le estremece con la sonrisa culpable de los ciegos.

—Papá, allí hay un sitio —dice el niño del impermeable claro, y le roza la mano que tiembla en su dirección.

El autobús empieza de nuevo a bullir, a gritar, pero el reciente e inesperado silencio permanece también, como un poso. Voces, un grito alegre demasiado acelerado.

—¡Gaishun! ¡Por aquí, hermano!

—Ven con nosotros, Fiora.

—¡Vente aquí!

El hombre con la sonrisa grabada y silenciosa de ciego está esperando a alguien. El bastón metálico suelta un tintineo seco, hueco: el ciego se ha enganchado en una barra.

En el escalón del autobús deja un morral un hombre empapado en sudor y vestido con un traje de paño arrugado.

—¿A dónde va este bus?

—A Jatyn.

—¿A dónde?

—A Jatyn.

—Ah... —Inseguro, alarga la palabra el dueño del traje de paño, levantando el morral.

En la puerta ha aparecido una mujer con un vestido veraniego de flores. Lleva un bolso y una gabardina de tela tipo bolonia en el brazo bronceado. Sube el escalón, y su cara morena sonríe cerca de la cabeza de pelo muy corto y completamente blanca del ciego.

—¡Glasha, aquí!

—¡Siéntate aquí, con la tercera sección!

—¡Ya se hartó de vosotros en el bosque! ¿A que sí, Glasha?

La mujer, después de pronunciar un suave «buenas», rozó el codo del ciego y éste echó a andar por el autobús. Al instante, se hizo patente la falta de prisa que los enlazaba; esa fluidez intensa que se da entre dos personas que cargan con un único cubo lleno.

—Aquí, papá, aquí hay sitio —llamó en voz alta el niño, que ya se había instalado de espaldas a la cabina del conductor, con las manos apoyadas en el asiento a ambos lados, a la manera de los niños.

Un pasajero muy ruidoso y aspecto juvenil medio se levantó de su sitio y sujetó al ciego por el hombro.

—Fliora, siéntate con la mía. Y yo lo haré con Glasha.

—Kostia —dijo en tono de reproche la mujer del pasajero ruidoso, toda blanquita ella, después de saludar con una sonrisa al ciego—, deja que pase el hombre, no lo molestes. ¡Ay que ver cómo eres...!

El hombre de las gafas oscuras llevaba, como de costumbre, una mano por delante. Lo saludaban rozándole los dedos delgados; éstos temblaban ligeramente.

—¿Qué tal te trata la vida, Fliora?

—¿Quién eres? ¿Eres tú, Stomma?

—¿Me has reconocido? Soy yo, hermano, soy yo.

—¿Y de quién es esta cabeza?

—Ryzhi, nuestro pelirrojo. ¿Te acuerdas de él? Acerca la cabeza, Ryzhi.

—A ver... —La mano del ciego retrocedió—. ¡Acércate! ¡Cierro, Ryzhi!

—Hola, Gaishun. —El pasajero se incorporó, incómodo, y estrechó la mano del ciego, como si fuera la de un niño.

Durante el trámite del reconocimiento, la mujer se queda detrás del marido; ella también sonríe, pero no mira a nadie, mientras que las gafas negras del ciego examinan atentamente cada voz.

Un pasajero grueso con ojos bizcos intercepta la mano del ciego. La correa de una máquina de fotos divide en dos su hombro blando, y todo él parece estallar como un óvalo dentro de un traje azul nuevecito.

—¿No reconoces a Stolétov?

—¿Tú también estás aquí? —se sorprende el ciego.

—¿Y dónde iba a estar? —Stolétov se ha ofendido.

Pero la mujer ya ha hecho que Gaishun siga andando. Se golpea con la rodilla de un hombre corpulento y alto, incluso sentado, que está medio de lado, cual adolescente en el pupitre, obstruyendo el paso.

—Hola —dice, en voz baja y muy tranquila, el pasajero corpulento. Y repite—: Hola, Fliora.

Con esta voz, por un instante, volvió a revelarse, como un poso cercano, el silencio.

La mujer, a la que le ha cambiado el rostro, sujeta a Gaishun por los hombros y lo lleva rápidamente para adelante. Lo sienta, y también se sienta ella, de cara a la cabina y de espaldas a todos.

El niño lo llama:

—Este sitio es mejor, papá.

—¡Pues siéntate tú! —ataja su madre.

Junto a la cabina, de frente a todos, también habría sido el sitio más cómodo para el pasajero corpulento. Pero él tampoco se sienta ahí.

★ ★ ★

... ¡Kosach!

Era su voz. Confiadamente tranquila: el hombre sabe, está acostumbrado a que se le escuche. Esa voz la habría distinguido entre otras mil.

Y cómo reaccionó la mano de Glasha..., ¡como si me estuviera sacando de debajo de un coche!

¿Cómo será ahora él, Kosach? En cualquier caso, no está ciego, como el marido de ella.

El motor y el cubo que temblequea debajo del asiento ahogan la conversación general. Sólo les llegan las voces más vehementes y las más alegres, encadenándose y entrelazándose de forma casual. («El año pasado... Sí, ya tiene nietos... La bomba va a explotar y la nube va a subir... Vaya, ¡cómo eres, Kostia! Deja que hable la gente... Yo lo que digo es que la gente de Kosach estamos en todas partes... No, yo se lo diré, a nuestro Cronista, a ese... ¡Eh, Stolétov...! Se presenta al examen de la facultad de lenguas extranjeras...»).

Las voces irreales e imposiblemente cercanas de un muy lejano pasado inundan el autobús. Las palabras casuales de hoy

flotan en la superficie, como la basura, y las voces conocidas, más allá de las palabras, parecen fundirse conmigo, saladas, abrasadoras...

Unos veinte miembros de los nuestros, partisanos. A algunos ya los he sentido, los distingo: Kosach, Kostia el Jefe, Stomma, Ryzhi, Stolétov...

Kostia, nuestro jefe del Estado Mayor —todavía la misma voz de niño—, irrumpe enseguida en todas las conversaciones: suelta carcajadas, grita los apellidos, los apodos, palabras premeditadamente absurdas («¿No os habéis olvidado del Abuelo?... Stolétov, haznos una foto para la historia. Te salen muy bien... Abuelo, ¿de dónde has sacado ese sombrero...? *Mensch!* ¡No molestes, mujer...!»).

Sí, así es él, nuestro jefe Kostia. Con él hasta en campo abierto te falta el espacio: empuja a todos y cada uno, abraza y, acto seguido, se burla. No es muy serio, dada su posición. Tiene veintidós o veintitrés años... Tenía. Pero gusta (gustaba): comprendía su tarea, sabía combatir. No era peor que Kosach.

Kosach está aquí, cerca. A mi espalda. «¡Hola!», el primer saludo era también para Glasha, pero ha leído algo en su cara y enseguida ha diferenciado: «¡Hola, Fiora!». ¡Y vaya con la mano de Glasha! Asustada y firme. Está sentada a mi lado, muy recta, en tensión; no la veo, pero lo sé.

¿Sigue igual de enorme, fuerte? En cualquier caso, la voz es la misma.

Siempre he querido comprenderlo: ¿se da cuenta o no se da cuenta de esa continua ironía suya, que a veces parece involuntaria?

—¡Se lo puedo decir a la cara! —Una voz por detrás—. A él, a ese mantenido, lo sacamos a rastras de detrás del horno, lo llevamos a la fuerza con los partisanos, y ahora...

¿De quién hablan? ¿Y de quién es esa voz? Nerviosa, atropellada. Los muchachos están alterando al hombre; eso es algo que siempre hemos sabido hacer.

—La secretaria no te dejará pasar.

—Llámalo por teléfono. ¿A que sí, Zuiónok? O con un telegrama.

Claro, es él, es Zuiónok. El principal guardián de la heráldica partisana. Zuiónok siempre recordaba, y con mucha exactitud, quién, en qué año e, incluso, en qué mes se incorporó a los partisanos. Y quién se merece cuánto respeto. Los alemanes habían abatido a la familia de Zuiónok en el año 41, cuando él se marchó al bosque. Precisamente muchos de nuestros monumentos se han levantado por sus largas e insistentes cartas. También éste a cuya inauguración vamos. Es la primera vez que voy; cuando podía, cuando tenía ojos, no se hacían estos encuentros. Pero Zuiónok hasta se metía en problemas por intentar reunirnos: «¿Cómo van a ser estas reuniones? ¿Quién las necesita?».

—¡A este ritmo vamos a llegar de noche! En el camión de mi unidad agrícola llegaríamos antes.

—Vaya, ¡el Abuelo está acostumbrado a los aviones!

Pasar por Jatyn, aunque no pillaba de camino a nuestros parajes partisanos, también había sido iniciativa de Zuiónok. Para mí era especialmente importante, sí, estar en Jatyn. Aunque, ¿qué voy a ver allí? Veré no lo que hay ahora, sino lo que hubo. Cómo son «nuestros Jatyn» sí que lo sé. Sí que lo sé...

El abuelo de la unidad agrícola sigue preocupado por si no llegamos a ambos sitios, por si llegamos tarde. ¿Cuántos años tiene? Ya nos parecía un viejo entonces. Habla como si estuviera comiendo una patata caliente: con silbos, soplando, graznando cada palabra. Y la risita insegura de un campesino ajetreado y bondadoso. De alguna manera, Zuiónok ha sabido hacerlo,

nos ha reunido a todos, a los de la ciudad y a los del distrito, en este autobús.

—No pasa nada —responde alguien (creo que es Ryzhi)—, más nos han esperado.

A Ryzhi hasta se le manifiesta ironía en la voz. Es posterior a la guerra, seguro. Antes todos le tomaban el pelo, y él se limitaba a soltar resoplidos por la nariz pelada y a prometer: «¡Ya verás como suelte la izquierda!».

—Cuéntanos al menos cómo es el monumento, Zuiónok —piden desde un asiento de atrás.

—Un *kurgán*, lo han erigido los escolares.

—¿Y cómo querías tú que fuera? —grita Kostia el Jefe.

—Creo que no pensaba en eso mientras íbamos por el pantano en llamas. ¿Os acordáis?, andábamos en círculo, como siguiendo una cuerda.

Desfilan los rostros en su memoria, se mezclan cual baraja, y ninguno se superpone a esa voz con un suave carraspeo.

—A los chicos ahora ya les da igual. (El Abuelo).

—¡No del todo! (Stomma).

—No me echaría debajo de uno como el del año pasado.

—¡Zuiónok, apunta los deseos! (Kostia el Jefe).

—No, ¿os acordáis de Chortovo Koleno, de cómo andábamos en círculo por el pantano humeante? Es que lo cuentas y la gente no se lo cree.

¿Quién es el que recuerda el pantano quemado, Chortovo Koleno? La voz con ese carraspeo conocido, cariñosamente astuto. Vedmed, ¿es él...?

¡Claro que sí! ¿Cómo será ahora, sin la cinta de la ametralladora cruzándole el pecho hasta la cintura? No es muy cómodo llevar así la munición, y es poco práctico: se oxida y, en medio del combate, ponte a sacarla de una en una, métela en el

cargador, en la recámara. Ya para la otra, para la Primera Guerra Mundial, se había inventado el cómodo peine: lo colocabas en la ranura, lo presionabas con el pulgar y, de una sola vez, tenías cinco cartuchos en el fusil. Pero Vedmed cargaba sumiso su adorno de cine. Era delgadito, encorvado, llevaba gafas. Su idea no giraba en torno a estar cerca de las chicas, como esos agentes y ayudantes de campos que se adornaban con armas y correas, sino que lo hacía para que le dieran de comer. Una mujer enseguida lo distinguiría: ¡el hombre combate! ¿O puede que ya entonces el cine estuviera dentro del pecho raquíptico de Vedmed? Una vez fuimos al cine, la película empezó y, de repente, risas en la sala: «Lev... Vedmed...».* Glasha exclamó bajito: «Huy, Fliora, ¡nuestro Leva Vedmed es el director de esta película!». Suelo ir con Seriozha al cine. Entramos en el local justo al inicio de la sesión para no hacer sufrir al público dejándolo perplejo: ¿para qué viene un invidente al cine?

Primero Seriozha me explica en un susurro qué sucede ahí, en la pantalla, hasta que capto hacia dónde se dirigen los autores, y después yo lo ayudo a él a mirar escuchando la película como si fuera la radio. Algunas parecen estar hechas para mí: todo se explica en voz alta, sonora.

Pero, cuando, de repente, la sala se queda petrificada delante de la pantalla enmudecida y sólo existe la respiración de cientos de personas, igual que antes de gritar en sueños, es entonces cuando se conecta, se enciende mi pantalla. Bajo los repentinos gritos y disparos de su pantalla, yo veo algo propio. Algo que nadie ve...

* «Oso» en algunos dialectos del ruso y en ucraniano. Si se une al nombre de pila Lev, «león», se entiende la hilaridad de los espectadores. (*N. de la T.*).

—Tío, ¿usted también es partisano? —aborda Seriozha a Stolétov, que se había movido hasta la cabina y que ahora, puedo oírlo, se sienta enfrente de mí.

—Aquí todos son partisanos, niño. —La pregunta no le ha gustado a Stolétov—. ¿Y tú eres pionero?

—Claro. —Seriozha también se queda turbado.

—No manches al tío con las botas —advierte Glasha a Seriozha. Todo en ella se ha endurecido desde el momento en que ha visto a Kosach; lo siento en su voz.

—¿Usted también es *kosáchevets*? —insiste Seriozha. ¡Ay, cuando le da por algo...!

—Eh..., ¡no! —A Stolétov le alegra la pregunta—. Soy del destacamento Stalin.

Stolétov ahora está de frente a Kosach, se ven. ¿O Kosach, como es habitual, bizquea para arriba? Sus ojos son extrañamente bizcos: miran al cielo, al techo.

—Y tu padre tampoco es *kosáchevets*, sino del Stalin. Es exactamente lo mismo: en los papeles somos el destacamento Stalin, pero supongo que en las aldeas recuerdan a la gente de Kosach.

Este Stolétov es un ejemplar bastante exótico incluso entre gente tan variada como los partisanos.

Al principio, cuando trajeron a nuestro campo en Zamoshie a un instructor de escuelas germanizadas algo revoltoso y que se había recorrido las cercanías con conferencias sobre Hitler el Libertador, era un hombre pálido y fofo con los ojos bien abiertos y separados, entonces nos pareció que por el miedo. No lo fusilaron, lo dejaron en el destacamento (demostró que había suministrado a los paracaidistas una máquina de escribir y otros objetos de oficina), y entonces comprendimos que sus

ojos eran así por naturaleza. Y por naturaleza muy acorde, como vimos después, con el carácter de Stolétov.

En sustitución de ese susto bizco, el entusiasmo se apropió de Stolétov y, desde él, a nuestras cabezas; tanto era que los muchachos no sabían dónde meterse. Se acercaba de forma inaudible, con paso fascinado, se plantaba delante de Ryzhi, Zuiónok o Vedmed, y observaba amoroso, con esos ojos bizcos torcidos, hacia el cielo. Como si su cabeza estuviera por allá arriba, en las cimas del bosque. ¡Vivos se elevan al cielo!

—¿Qué quieres? —se sorprendía el partisano por la falta de costumbre.

—¿Yo...? Nada, yo... Quizá pueda traerle la comida. Voy a la cocina.

—Pues claro, ¡tráela! Tráela, hermano.

Un día regresamos de una operación y a Stolétov no se le veía. No estaba en nuestro barracón excavado ni por allí cerca. Estaba en el campamento, pero era como si ya no reparara en nosotros. Resultó que Stolétov ya era una unidad del Estado Mayor, un escriba; mejor dicho, un cronista. Había convencido a alguien que había venido de la brigada de que era realmente imprescindible escribir la historia de nuestros destacamentos. El frente ya se estaba desplazando, otras brigadas acababan de enterarse, pero nosotros ya lo teníamos todo listo, así era...

Stolétov ya no suspiró más delante de Vedmed, sus ojos bizcos se trasladaron a otros, ya no se empapaba de nosotros.

Tenía unos ojos extraños ese hombre, la verdad. Como si estuvieran tomando medidas: te arrimaba a algo invisible, te estiraba ligeramente hacia arriba, igual que un sastre extiende el cuello y la espalda, pero en sus ojos había condena, incluso afrenta: «Eh, no, ¡no llegas!». ¿A dónde, a la historia o qué? Una vez más, tira de ti hacia arriba con esos ojos negros en llamas

(a veces parecen los de un loco) y, en ellos, una sonrisa. Finita, muy finita... «A nosotros no nos engañas», dicen... Y ya alza definitivamente los ojos al cielo, dejándote como ante un ascensor que se aleja a toda prisa. Todas y cada una de sus frases mostraban su desacuerdo en un tono de acusación entusiasmada: «¡Eh, nooo!». Tú dile que son las doce, que acto seguido él te desenmascara: «¡Eh, nooo! ¡Faltan dos minutos!».

Qué sucedió con la crónica de la brigada es algo que se ignora. Sólo que, de repente, se le echó del Estado Mayor de Kosach con el mismo ímpetu con el que había entrado. Con Kosach, estos asuntos se tramitaban sin dilación. A Stolétov no lo ayudó ni el defensor de la brigada.

A Kosach le había llegado (se quejaron en las aldeas) que «un bizco de los suyos» había pegado a un hombre, que había asustado a las mujeres con un fusil, que había medido a alguien en una pared.

—Estamos aquí combatiendo —se justificaba Stolétov—, y ése va y se queda ahí quieto, enmascarado bajo la barba, y, sí, claro, también a él hay que liberarlo. Yo no hubiera dejado que todos regresaran.

—¿Dices que estamos combatiendo? —repitió Kosach—. Pues, entonces, combate. Ya escribirás la historia después. Pero, para empezar, ¡llevadlo a la «nevera»!

Stolétov escribió la «historia», sólo que no la que era... Nos unimos al ejército. Unos, enviados al frente; otros, a levantar la economía, y, de pronto, un parón entre quienes se habían quedado en la zona para trabajar. La carpeta de Stolétov había salido a la superficie, y en ella resulta que había escrito tales cosas (de Kosach, sobre todo, pero también de otros) que, cuando convocaron a los muchachos, éstos no las leyeron en voz alta, sino que se limitaron a pasar el dedo por las líneas. No se deci-

dían a pronunciar con su propia voz las frases que Stolétov parecía haber oído en nuestro destacamento. Qué había oído y qué había escrito es algo difícil de decir. En efecto, los partisanos trataban (a veces con mucha vehemencia y sinceridad) muchas cosas de las que sólo se empezó a hablar y escribir después del año 53. Quizá también había oído cosas en el Estado Mayor. Pero creo que se había pasado con el arsénico: una dosis mortal de arsénico es mortal, pero diez a la vez resulta que sólo provocan vómitos, poniéndote al momento el estómago del revés. ¡Medio destacamento no regresaría del frente! A alguno que no era nada tonto hasta se le abrió una causa. El propio Stolétov tuvo que defenderse, y, de paso, también de Hitler el Libertador. Durante mucho tiempo no se oyó nada sobre nuestro Cronista, pero, de repente, empezó a dejarse ver: reportajes en la radio, artículos. ¡Había revivido! Incluso publicó un opúsculo sobre el heroísmo de los paracaidistas (esos a los que había hecho llegar la máquina de escribir). Pronto también Stolétov empezó a presentarse en los encuentros. Yo no estuve en los primeros, pero he oído que Stolétov apareció, y también de nuevo el entusiasmo y el enamoramiento en los ojos desviados al cielo del Cronista. En los primeros tiempos, creo, sin andarse con remilgos, le recordaban la «historia» de la brigada, pero parece que de nuevo se acostumbraron a él. Los nuestros son vehementes, pero poco rencorosos.

—Eh, noo —alarga las palabras Stolétov, como si comprobara la reacción del autobús—, noo, chiquillo, tu padre y yo somos partisanos, no unos...

(Con todo, no pronunció «kosáchevets»).

Ya están cantando, dos o tres canciones al mismo tiempo.

Seriozha tardó en darse cuenta de que su padre no era igual que los demás. Pero cuando su corazón infantil lo captó —una

vez me miró ¡y lo comprendió de repente!—, empezó a gritar, a llorar, igual que si me estuviera ocurriendo en ese instante: «¿Quién te lo ha hecho, papá? ¡No tengas miedo, dímelo! ¡Los alemanes, esos fascistas!, ¿verdad? ¡Dímelo, sólo dímelo!». Salió corriendo a su rinconcito, agarró un molino de cuerda rojo y, entre lloros sonoros, se puso a romperlo, lo golpeó contra el suelo. Glasha y yo le asegurábamos que su juguete lo habían hecho otros alemanes, unos muy diferentes...

Desde entonces, no pasaba un día sin que Seriozha no hablara de mis «ojitos». Él y yo estudiábamos un plan en que me curaban y yo lo vería a él, pecoso y de ojos negros. Seriozha se reía inseguro cuando yo le contaba cómo aparecería ante mí y cómo yo lo reconocería.

La primera operación —tres años antes de eso— fue infructuosa. Me decidí de nuevo, a una segunda, por Seriozha. Glasha y él venían a verme a la clínica, y hablaban mucho. Seriozha se reía agitado. Estaba completamente seguro de que me quitarían la venda y de que lo vería, de que lo vería todo otra vez. Después, me llevaron a casa con la misma oscuridad. Glasha lloraba bajito y me acariciaba la mano. Seriozha iba sentado al lado del taxista, delante, y no lo oía.

Seriozha nunca ha vuelto a hablar de mis «ojitos». A veces, por su respiración inesperadamente hundida, siento su mirada sufrida y estudiosa sobre mi rostro. Me han empezado a doler mucho los globos oculares; es como si se me estuvieran haciendo más grandes, más redondos. Hasta me han propuesto extraerlos para que no me duelan, pero no he accedido. También por Seriozha.

Hoy Seriozha está muy animado, alegre: va con los partisanos y, además, nos rodea gente a la que no necesita explicar quién es su padre; al contrario, puede escuchar, hacer muchas preguntas.

El motor ahoga las voces del autobús. Vamos por un bosque, pero cuando los árboles se apartan, se abre un campo. Distingo bien las voces, incluso de los asientos de atrás. Y no hago sino imaginarme qué apariencia tendrá cada uno. Me obligo a hacer ajustes por el tiempo: ha pasado un cuarto de siglo desde que los vi.

A mí mismo me represento con una antigüedad de sólo diez años, tal como era cuando en el mundo todavía existía esa cosa llamada espejo y, en el espejo, un hombre pálido y de cara estrecha con los párpados inflamados, las sienes blanqueadas y arcos profundos junto a la boca, que siempre mantenían una sonrisa culpable.

Glasha se casó con ése, pero imagino que ella me vio en otro espejo, en uno no tan implacable. En su memoria yo estoy ligado a sus años mozos. Estoy ligado a muchas cosas. Mira, también a Kosach. Sin embargo, ¡cómo lo odia! O lo teme. Se teme a sí misma. No, soy yo quien tiene miedo. ¡Ciego cobarde y envidioso! Y desagradecido.

Mientras fui como todos (sólo de cuando en cuando tenía un dolor repentino en los ojos, se me enrojecían), la vida con Glasha no terminaba de cuajar: lo que nos había acercado también nos separaba, nos torturaba. Nuestra actividad partisana conjunta, Kosach... No hablábamos, no lo recordábamos en voz alta, pero estaba presente. Pero, cuando me sucedió lo más terrible (en el transcurso de medio año), cómo cambió Glasha: su voz, sus manos, su tacto. Ella fue quien quiso que naciera Seriozha.

¡Kosach está otra vez cerca! Detrás de nosotros; todo el camino va detrás. Glasha no lo olvida ni un instante, lo percibo. ¡Qué silencio tan tenso el suyo! Fui yo quien insistió en venir a este encuentro cuando Zuiónok nos escribió. Glasha no que-

ría, pero Seriozha y yo insistimos. Yo, para desquitarme de todo lo anterior. Para desquitarme de mí mismo. El agradecimiento del ciego...

★ ★ ★

En el autobús hay una disputa alegre y sonora. Siempre me es más fácil si la gente está tan entusiasmada, porque no me observan, sino que observo yo.

—Eso ni se le ocurrió delante de él, estaba en la recepción sin decir ni esta boca es mía. (Zuiónok).

—¡Tal cual! ¡Uno frente al otro! (Abuelo). En nuestra aldea había uno...

—Suvórov hablaba de China... ¿Sabéis qué decía Suvórov? Está durmiendo, y a Dios gracias: ¡no vaya a despertarse para tu desgracia!

También está aquí él, ¡Iliá Ilich, el capitán de nuestra compañía! Barba gitana no muy grande, el libro de rigor en el bolsillo o en la bolsa... De dónde sacaba esos libros es algo que sólo Dios sabe: ¡en las aldeas ya habían ahumado hasta las biblias!

—Voy a informaros. Por si todavía no lo sabéis —Kostia el Jefe—, hace mucho que no están en este mundo. Para eso inventaron todo ese mogollón, la revolución cultural. Y para que sus ojos no se espabilen, cada siete años organizan otro mogollón. Si no me creéis, preguntadle a Stolétov.

—¡Así es China! —se unió presto Iliá Ilich—. El emperador que construyó la Gran Muralla declaró que iba a vivir eternamente. Y después va y se muere. Estuvieron todo un año sin enterrarlo, dado que así lo había dispuesto. Lo sentaron en el trono detrás de un biombo, y los funcionarios y los ministros

iban y escuchaban lo que callaba tras el biombo, adivinaban sus órdenes. Habían convenido no sentir el olor.

—¡Bah! —exclamó Kostia el Jefe—. ¡No es lo mismo que nuestro Stolétov!

—¡Pero qué...! —Stolétov respondió como si de verdad le afectara—. No lo justifico, pero así tampoco se puede: basta una sola vez..., ¡y todos los huevos se estrellan contra el suelo! Eh, noo, así tampoco actúan. Zuiónok dice la verdad: delante de él...

—¡Vamos a cantar! —grita Kostia el Jefe, y, acto seguido, empieza—: «¡Y cómo será el encuentro en la estación esos días en que con victoria termine la guerra...!».

Kosach guarda silencio. Es el único que no se enfrasca en la ruidosa discusión. Estaría bien saber qué ha dicho y qué ha pensado en todos estos años no silenciosos.

Nada más acabar la guerra, estuvo trabajando en el comité ejecutivo del distrito, después lo hicieron director de la fábrica de turba y, más tarde, del sovjós. Dónde está ahora, no lo sé. Glasha tampoco lo sabe. Pendía sobre él haber sido prisionero y, quizá, también la carpeta de Stolétov. Era en verdad un hombre bastante complejo, con muchas cosas inesperadas. Es la primera vez que estoy en un encuentro de partisanos, pero veo (por las conversaciones, las réplicas, por su silencio pesado) que no recurren mucho a él. Bueno, y él, pues tanto menos. Nunca fue comunicativo ni sociable, no es Kostia el Jefe. Por lo visto, también tiene su importancia el que en nuestra memoria Kosach esté ligado a muchas cosas que no encajan con la cháchara alegre, que están escondidas en lo más hondo de la memoria. La guerra es la guerra, pero, a la vera de Kostia el Jefe, es completamente partisana, con ruido, historietas graciosas, con la memoria de toda clase de situaciones; sin embargo, a la vera

de Kosach, se recuerda algo diferente, más bronco, afilado... En Kosach no ves esa gracia nuestra, de los partisanos *kosáchevtsy*; la lírica partisana que en los demás ha ido en aumento con los años. Fíjate, si hasta viene al encuentro como alguien ajeno. Desde fuera, alguien hasta podría determinar que él era el único no *kosáchevets*.

He oído, o puede que leído, que a las personas que se han conocido en circunstancias especialmente dolorosas, denigrantes, después no les atrae mucho el encontrarse. De cuando en cuando, vale, pero no mucho más. Cuesta, es imposible vivir con la caja donde se ha escondido todo eso permanentemente abierta, al descubierto. Las familias de estas personas es poco probable que entablen amistad. Yo conocí a dos que habían sobrevivido a Auschwitz en el mismo barracón. Coincidían en los pasillos de la facultad de Pedagogía, en las zonas de fumadores; a veces comprobaban con acentuada despreocupación los números del campo en sus brazos («Soy 120 000 personas más joven que tú...»), pero por sus conversaciones podía comprenderse que no sabían nada el uno del otro, quién vivía en qué calle.

Pero quién soy yo para hablar, si ni siquiera le contaría todo a Seriozha (tampoco cuando pase a la universidad), aunque creo que no hay nada que ocultar, nada de lo que avergonzarse. Gracias a mis estudiantes estoy convencido de que hay cosas que son imposibles de transmitir a alguien que no haya pasado por algo similar.

Mis estudiantes de tercero oyeron contar el caso de un comandante durante un asedio, en medio de emboscadas alemanas: para que no aniquilaran al destacamento parece que sacrificó a un niño pequeño que no hacía sino gritar en brazos de su madre. Me lo relataron indignados. Pero también interrogantes: ¿cómo escabullirme de allí con mi «universal ciencia de la

psicología»? Según sus convicciones, después de algo así seguro que el destacamento se había desmoronado: esa gente, habiendo traicionado, habiendo perdido el mismísimo objetivo de la lucha, habría empezado a odiarse entre sí y a sí misma, a su propia vida, comprada a tal precio. Indignándome con ellos por la propia posibilidad de semejante situación, aun así, no estuve de acuerdo, aunque habría sucedido justamente eso. Les recordé el «mecanismo de defensa» de la mente sin el que la guerra sería algo inconcebible sin más, insoportable para el ser humano...

No veía las caras de mis estudiantes, pero por primera vez sentí —en la entonación de unos, en el silencio de otros— no sólo desacuerdo, sino hostilidad. Como si mi ceguera, mis ojos negros, fueran desagradables, repulsivos. Aunque se ponían en el lugar de ese destacamento, no estaban de acuerdo con ninguna «reacción de defensa».

¡Y gracias a Dios! Aunque en la vida se repiten demasiadas cosas, tienen razón al no querer creer en algo así. Tiene razón la primavera, que no quiere saber que se repiten el otoño y el invierno. Tiene razón la juventud, que no cree que los demás empezaron de la misma forma. Y bienaventurado el río que empiece como un manantial puro y luminoso; incluso si el manantial supiera que el curso bajo está todo emporcado, esto no lo turbaría. Un río se puede limpiar. Pero no tendría ningún sentido hacerlo si el manantial original, si las fuentes subterráneas, no destilaran pureza...

Sí, y es que mi primer amor partisano no fue Glasha, nada de eso. A Glasha la empecé a querer por el reflejo de Kosach. ¡Kosach! Infantil, ridículo, con ciertos sueños, fantasías, enfados y alegrías... De lo contrario, no podrías llamarlo amor.

Antes de llegar al destacamento me había hartado de oír: «¡Huy, los de Kosach no aceptan a cualquiera!», «¡Van armados

como los paracaidistas!», «Kosach sólo tiene gente en activo, ¡saben combatir!», «Los *kosáchevtsy* se mantienen en combate», «Los *kosáchevtsy*... Los *kosáchevtsy*...».

Soñaba con ser no un simple partisano (no eran pocos los que pasaban por nuestra aldea), sino que tenía que ser *kosáchevets*.

Me hice con un arma, sin ella ni siquiera les habrías pedido que te aceptaran. La forma me la sugirió Fedka Muerte de Gurrriato. Su cara estaba picada cual huevo de gorrión; era hijo del contable del koljós. Tenía solo catorce años, dos menos que yo, y para reducir a la nada mi permanente superioridad en esa cuestión, Fedka andaba todo el tiempo buscando algo de lo que jactarse. Esta vez había encontrado en la cavidad de un árbol dos granadas-*limón* y me las enseñó, cuando estaba debajo del árbol:

—¿Qué, compadre, has visto qué maravilla?

Me quedé tan estupefacto que no se contuvo y decidió machacarme definitivamente. Me guio hasta el pantano. De debajo del tocón de una píceca arrancada de raíz sacó, envuelto en un trozo de lona, eso con lo que llevaba tanto tiempo soñando: un fusil. Vale que herrumbroso y con la culata torcida, ¡pero era de verdad! Hasta un idiota tenía claro que mi superioridad de dos años sobre él era una equivocación y una desfachatez.

—Está bien... —dijo Fedka, ablandándose—, allá tienen muchos bienes de éstos.

Yo no lo comprendí.

—Los difuntos —explicó Fedka—. ¿Para qué?

Sin querer, me miré los dedos, que se habían separado enseguida, que se habían vuelto pegajosos de repente. Por eso la madera del fusil estaba tan negra: ¡seguro que se había calcinado!

Al día siguiente, pusimos rumbo a las tumbas. Había muchas en el pinar de las montañas de arenisca. Aquí las habían soterrado en el 41. Donde los habían matado, ahí los habían en-

terrado, cada uno en su pequeña trinchera. (Los combates en nuestra Polesia tronaban desde hacía tiempo: los alemanes ya habían tomado Smolensk y aquí, en los bosques, en los pantanos, los contenían los trenes blindados y la caballería del bigotudo Oká Gorodovikov, igual que durante la guerra civil).

Los montículos amarillos de arenisca de las trincheras-tumbas se habían asentado. El brezo los había cubierto cual red de camuflaje. Fedka se sentó a la sombra de un arbusto y encendió un cigarrillo.

Me planté delante de él con las palas, listo para pedir: «¡Más te vale no hacerlo!».

—¿Qué? —preguntó hosco.

No lo comprendí.

—¿Es que me has contratado? *Arbeiten!*

Supongo que me puse colorado.

—¡Trae! —Me arrancó un pala de la mano—. ¡A un muerto no le duelen los dientes!

La arena amarilla y húmeda, vistosa como la sangre fresca, nos va rodeando poco a poco, pero nosotros seguimos hundiéndonos en la tierra. De pronto, salté fuera: me pareció que la tierra se movía, que se arrastraba resbaladiza bajo los talones descalzos.

—¿Vas corriendo a por agua? —gritó Fedka con desprecio.

—Es muy pequeño... para los dos —expliqué, atragantándome con la saliva pegajosa. Fedka tiró a la arena amarilla algo negro, como un papel chamuscado.

—Aleman... , botones alemanes... ¡No hay nada que valga!

—¿Por qué? —me obligué a mostrar interés, aunque en ese momento sólo quería una cosa: huir, salir corriendo. Tenía el sentimiento de haber perdido algo para siempre. Igual que una ama de casa con las patatas en un cubo, así rascaba Fedka en el agujero con la pala, buscando algún sonido metálico.

—¡Si ya te lo he dicho! En las de ellos no suele haber, lo he comprobado. Enterraban a los suyos sin armas.

Un sonido de madera retumbó como un trueno en mi bóveda craneal. Fedka echó un vistazo a mi cara.

—¡Vaya ayudante! Bueno, ¿qué?, ¡remueve! ¿O me has contratado?

Se alejó hacia un lateral y se tumbó con los ojos cerrados. Yo me puse a echar en el foso la arena ya seca.

Sólo en el tercer foso la pala (no la suya, la mía) tintineó. Y me olvidé de todo.

El fusil yacía en la arena fresca, y nosotros estábamos de pie junto a ella. El metal estaba amarillo por la herrumbre, como una celidonia en primavera, y la madera, negra como el carbón, impregnada del olor y la humedad de la muerte.

—¿Qué decías de una maravilla? —grité.

Con ese fusil pedí unirme a la gente de Kosach. (Hubo que cambiar la correa de lona).

No le pregunté a mi madre, pues sabía lo que le iba a costar decidirse, sino que empecé directamente haciendo tareas. Fuimos dos veces (Fedka también estaba con nosotros) a serrar postes de telégrafo. A los chicos de Kosach, a los conocidos que nos llevaron con ellos, les pagamos con cartuchos. También era Fedka quien los tenía guardados. Pero la envidia volvía a torturar a Fedka:

—Qué suerte la tuya. No tienes padre.

Pero tenía madre. Reuní ánimo, invoqué todo mi contumaz arrojo de mal estudiante e informé a mi madre de que su hijo era un partisano.

Mis hermanitas, un par de gemelas de siete años, observaban al partisano que había aparecido de repente en su familia con expectación entusiasta y lastimera: ahora me tocaría llorar.

Nuestra madre era rápida con el cinto e incluso con un bastón. Después lloraba ella, pero antes te tocaba a ti berrear.

Esta vez fue ella la primera en echarse a llorar. En silencio, impotente, después de haber mirado por alguna razón las caritas lisas, como dos platitos, de las gemelas; después de recorrer con la mirada las paredes, los rincones de la cabaña, como si hubiera que salir huyendo enseguida, abandonarlo todo.

Se fue a la cocina sin soltar ni una palabra. Y estuvo haciendo algo allí, junto al horno, y lloraba; nosotros hablábamos en susurros.

—¿Te darán un caballo?

—Me lo conseguiré yo. La gente de Kosach lo consigue todo por su cuenta.

—¿Y nos darás paseos? ¿Sembrarás nuestro huerto? Porque, si no, a mamá le costará.

—Vendré a hacerlo. Ahora sois una familia partisana.

—Mamá está llorando.

—Ella siempre... También cuando papá se marchó a la guerra de Finlandia... Vosotras no os acordáis, erais pequeñas.

Nuestras gemelas no se consideraban guapas, incluso nuestra madre decía con una sonrisa lastimera (cuando las dos estaban cerca, era difícil no sonreír):

—Señor, crecerán solas y serán unas solteronas. No bastaba con una, ¡tenían que ser dos!

Yo adoraba sus caritas planas y belfas, aunque solía darles voces, como un hombretón ruin, cuando intentaban pegarse a mi grupo de chicos. Pero en casa sí éramos amigos. ¿A quién no iba a conmové algo así? ¡Esa doble sonrisa dócil en sus caritas bondadosas, ese doble respeto por un hermano mayor!

Entonces, cuando mi madre se echó a llorar y las miró de esa forma, también a las paredes, me sentí culpable. Por prime-